

AUTÓGRAFOS  
COLECCIÓN CASAVALLE

Buenos Aires 9 de Marzo de 1880

Señor Don Carlos Casavalle

(2)

X

Mi estimado Amigo:

Consignado de nuevo a las nobles  
tareas del foro y a la extensa re-  
dacción de los noticiosos adquiridos  
durante mis paseos a la colonia  
de Santa Fe y Entre Ríos y a los  
territorios del sur de la República,  
apenas dispongo del tiempo necesario  
para trazar estas breves y desahogada  
letras, que le dirijo con el objeto de  
agradecerle el ejemplar de la nue-  
va obra "Monteagudo, su vida y sus  
meritos", por Mariano R. Peliza" que  
ha ofrecido Ud. a mi biblioteca.

Quiero haber publicado un  
aplauso consagrado a Ud., como  
editor Americanista, en cuya empre-  
sa vive Ud. dignamente a un pa-  
trio y a las letras, adquiriendo méri-  
tos positivos, que es justo hacer  
conocer de sus compatriotas.

Sus apuros con tanto más



laudables cuanto mayor es la in-  
diferencia pública respecto a los  
frutos del ingenio Argentino, que  
por buenos que sean, no alcanzan  
jamás el ~~grado~~ de producciones fri-  
volas, como ciertas novelas de mucha  
estimación entre nosotros, y que  
influyen gravemente en la perversion  
del gusto Literario y de la fealdad de  
las costumbres, alejando el espíritu  
de lecturas y estudios fundamentales.

La historia de los editores,  
complementa la biografía de los gran-  
des Maestros, facilitando a la vez  
el conocimiento del carácter litera-  
rio de cada época y revelando el  
pensamiento instintivo de los genios  
que han impulsado el culto de las  
letras.

Ya conocera ya, sin duda, la  
nueva obra que ha causado sensaciones  
en el mundo literario, a propósito  
de editores. Me refiero a la colec-  
ción de las cartas confidenciales diri-  
gidas a Mr. Macrey-Napier, el afor-  
tunado editor de la Revista de Edin-  
burgo desde 1829 hasta 1847, y que  
han sido dadas a luz por su hijo.

La lectura nos permite



asistir a la implacable rivalidad  
entre Bronghan y Macaulay, a  
la susceptibilidad herida de Car-  
lyle, contra el consejo de los Seno-  
res de Materiales de la Revista, que  
el comparaba a una lampara aus-  
pendida en medio de la redaccion,  
para ofuscar la inteligencia del  
Escritor en vez de iluminar su senda,  
a la complaciente sumision de  
Bulwer-Lytton, quien daba las  
mas expresivas gracias al editor  
al saber que habia sido corregido  
uno de sus manuscritos, a la resig-  
nacion con que Serres recibe sus  
articulos para redactarlos y al aen-  
tusiasmo al transporte de Thackeray, al  
recibir la censura del severo gust-  
to de Napier, a quien responde: "No  
quiere todo padre a su hijo, pero he,  
por desgraciado que sea".

Este interesante libro, que  
permite pasar algunas horas de  
intimidad con los grandes inge-  
nios literarios de Inglaterra, mere-  
ce ser leído entre nosotros, donde  
la carrera del editor es nueva, mal  
conocida, y peor estimada, por lo  
mismo. En sus paginas se aprende,  
de, como ya ha sido observado por  
alguien, que las dificultades



Por otra parte, el lejano tra-  
to en que el ilustre patriota veri-  
ficó su mayor acción en el  
horizonte político, aumentó consi-  
derablemente las dificultades  
tocadas para estudiarlo; y el mismo  
Pellica ha encontrado nuevas luces  
en los papeles de los archivos de  
Bolivia y del Perú que Bení More-  
no trajo a Buenos Aires en 1879

La primera época de  
la vida pública de Monteaquido  
tiene por escenario principal  
la ciudad de Buenos Aires. Perio-  
dista y tribuna como fundiera su  
fuerza insuperable de sus  
escritos y arengas, que expre-  
san el papel que a la sazón  
desempeñaba, si es notoria la  
escasez de colecciones íntegras y  
sufruncas de la Gaceta del Már-  
tir i Libre, del Guato del Sud y del  
Independiente?

La narración del ori-  
gen y educacion de Monteaquido y  
el cuadro de su participacion  
en la campaña revolucionaria, des-  
de los movimientos de Chuquisa  
en Costa hasta la caída de Moren,  
tal es el motivo que Pellica ha desa-  
rollado en el primer volumen.



El hijo de Napier nos enseña con su recapitulacion, que son cosas de un editor, con el temor de un modesto, pero legitimo gloria. En la publicacion de las obras y de los esfuerzos con que Ud ha ~~conrado~~ el pensamiento Nacional, hallara Ud el premio, aunque tardio, de la fe y la desicion con que se ha consagrado al adelanto de la literatura Americana, y principalmente a iluminar el cuadro de nuestra Patria, a la cual acaba de incorporar los dos tomos sobre la interesante figura de Montequedo.

Respecto a este trabajo de mi apreciado amigo el Sr Pelliza, le comunicare cuantas palabras, siquiera sea para que Ud sepa que lo he lido con detencion y con agrado.

Procurad bien que los estudios y escritor de Pelliza tienen el merito de ser el fruto de sus ois. Implado de Aduana (co-rrera tan inadecuada para estimular el cultivo de las letras) consagra sus economias, y el tiempo que



otras disipan en el café o en la  
holganza, a la noble y benéfica tarea  
de colaborador de la *Historia* Ame-  
ricana. He leído todas sus publi-  
caciones. Como escritor ha hecho  
largo camino, adquiriendo facili-  
dad y fijando su estilo, que es, co-  
mo <sup>al tono</sup> ~~de~~ ~~las~~ de obras narrativas,  
claro, sobrio y robusto.

Es también un ex-  
celente metódico, que como el arqui-  
tecto de conciencia, (en oportunos dis-  
tinguir en estos infelices tiempos)  
traza un buen plan y trabaja ceñien-  
do a él. Si hay deficiencias en el  
"Domingo" y el "Alberdi" de Pedraza, ellas  
no residen en la concepción y  
orden del tema, sino más bien en  
la falta de elementos para tra-  
tarlo con igual energía y éxito  
en todos sus detalles.

No es posible abrir  
opinión general sobre el "Monte-  
quero", desde que no conocemos aun  
más un tomo, consagrado a la  
primera época de la vida pú-  
blica del sujeto, cuya materia es  
en por cierto la más interesante



ni la mas propicia para el  
descubridor; mientras que lo es la  
segunda época, de que mas  
nos pondremos en el siguiente  
tomo, porque ella encuentra  
y sigue a Montaguado en altas  
atmósferas y en otros Teatros,  
en el cual se desarrolla la pas-  
mas acentuadas, notable y ver-  
daderamente dramática en  
su carrera política.

Sea cual fuere el  
lugar que ha en una obra  
acuerden los ilustres sacerdotes  
del templo de nuestra Historia,  
en cuyo patriótico oficio estoy  
apenas iniciado y carezco de au-  
toridad, la juventud Argentina  
agradeciera vivamente a Peláez  
la publicación de sus investi-  
gaciones sobre Montaguado. Era  
este, uno de los astros del cielo  
de Mayo, sino menos visible, de  
los menos estudiados, como lo  
acusa la escasez de la noticia  
bibliográfica de los que han  
pagado a su memoria el tribu-  
to de los recuerdos.



de las ideas democráticas radicales  
y no comunes aun que venia há  
predicar en el seno de una socie-  
dad e ducada entre las sombras  
de la vida Colonial, y que, al vivir  
al resplandor de la foguera re-  
volucionaria, carecia aun de rum-  
bo cierto y de unidad de objetivos.

Fue Monteagudo uno  
de los primeros insignes revolu-  
cionarios que en 1814 viajaba cate-  
goricamente en Buenos Aires,  
la delantandose a los Chambres y  
a los sucesos, con esa sagacidad  
propia de los talentos superio-  
res, el director glorioso de la Revo-  
lucion, en las siguientes palabras  
que se firman subrayados con ra-  
zon (Apéndice pagina 252): - La sove-  
rania reside solo en el pueblo y  
la autoridad en las leyes, firma-  
do en el acta de la Independencia, que  
el Congreso de Tucuman aclamaba  
en 1816.

Fue Monteagudo tambien,  
uno de los primeros que predico  
la libertad civil, como control y  
garantia de la libertad politica,  
iniciando asi una lucha en la  
cual esta empeñada todavia en  
patria, porque hay la libertad  
civil ampara tanto a la mayoria



completando el servicio prestado a la Historia y a los estudiosos, con la transcripción <sup>de los escritos y la redacción</sup> en forma de Apéndice del fojorol lucen-  
mans.

Es necesario convenir en que, por importante que sea el Apostolado de la prensa libre, el papel de Montenegro fue secundario en la primera época del drama de la Revolución, en que el biógrafo nos lo presenta. Comprendiendo lo que el Revolucionario ha necesitado secundar el asunto, para vigorizar la corriente de sus narraciones sobre el sugeto de la obra, y ha dominado esta dificultad con buena fortuna, bosquejando el espectáculo de las agitaciones de Buenos Aires desde 1810 a 1815, con algunos rasgos sintéticos sobre el estado de la Revolución. Así, al aristro en las páginas que acabo de leer, a las turbulentas escenas populares de aquellos tiempos resalta en el libro la figura histórica de Montenegro, como ciertas cabezas arrugadas, de cabellera revuelta, de semblante expresivo y mirada resplandeciente, tipo del cardillo me-



ridiosal, que desenvella el frente  
de las multitudes, conagrados al  
culto de la libertad.

Pero pienso que Peltier  
pasa algo de entusiasta en su  
juicio sobre la influencia de  
Monteagudo en el desarrollo de los  
sucesos, mientras permaneció en  
Buenos Aires, desde su llegada  
en misión de Castelli hasta  
la dictadura de Aldear. Así,  
por ejemplo, al recordar las tri-  
bulaciones que las patriotas en-  
frentaron a fines del Año 11 y en los  
primeros meses del 12, se llama a:  
"Monteagudo, en tanto, viril e impatig,  
"Al, desafiaba la tormenta que  
"sentía rugir a lo lejos, con la mis-  
"ma aseriedad que cuando había  
"tronado sobre su cabeza"; juicio his-  
torico que levanta a Monteagudo  
a una importancia que aun  
no había alcanzado, pues suspen-  
dió su arma de combate polí-  
tico, el Martir o Libre, por falta  
de protección pública, como el  
mismo biógrafo nos <sup>lo</sup> hace saber. Lo  
que es aplicable a aquel caso, a los que  
llevan el timón de las sociedades,  
a los que, como Mirabeau, por  
ejemplo, salvaban la revolución  
francesa, cuya nave, según la



elocuente pluma de Corru-  
eiris, cortada a entre charac contra  
los escollos con áncoras rotas  
y destrozadas de las.

Hare a' ademas  
otra advertencia, sugerida por  
las impresiones agradables  
que ha dejado en mi espíritu  
la lectura del Monteaquedo de  
Peliza. El autor cita las últi-  
mas palabras con que a quel se  
despide de sus lectores, al sus-  
pender la publicacion del nom-  
brado organo, calificándolas del  
mas abltine y formidable de-  
cuento que haya resonado en  
los agitaciones tumultuarias  
de la Revolucion, opiniones de que  
disiento. pues hay en su propa-  
ganda de Monteaquedo mode-  
los mas energicos, entusias-  
tas y bellos en su trascendencia  
politico y en su colorido litera-  
rio.

Habria sido preferible que  
el autor, al juzgar esos escritos  
hubiera encontrado mayor es-  
tension a las paginas en que  
nos presenta a Monteaquedo como  
propagandista, exhibiéndole por in-  
ci palmente del punto de vista



"Los trabajos, los angustias por que  
tiene que pasar un editor, son mu-  
cho mayores que lo que generalmen-  
te se cree, y bastante mas difícil  
de sobrellevar que en otras en otra  
industria cualquiera salen al  
encuentro a todo hombre."

Yd que ha estado y esta en  
contacto con casi todas las personas  
de letras de la Republica, a muchos  
de los cuales ha proporcionado el  
vehiculo, en que se han exhibido, ha  
debido sufrir considerablemente  
al desempeñar su misión en Me-  
xico de cierta indiferencia pú-  
blica; pero, para bien de la Litera-  
tura Nacional, su energia y su per-  
severancia parecen inquebrantables.

Las cartas que Yd quan-  
do de los literatos que han entre-  
gado sus escritos a las cajas de  
la imprenta de "Mayo", mereci-  
ran un dia otro libro, como el  
que he citado, y revelarían a la  
posteridad las sequencias que la  
lisonja encubre ahora, y gran-  
deza que aparenta desconocer  
la atormentada en sus laceraciones.

X



A  
de los Argentinos, como en 1815-  
cuando el redactor del Indepem-  
tente patria la propagando que  
una parte de nuestra literatura no  
deja de mano todavía, p

Por lo demás el Prontea que  
de Pelliza se destaca del cubro  
que el autor honra, inspirando  
al lector el interés vivo que asegura  
el éxito de los libros. No dudo que  
nuestras notabilidades literarias  
bravarán justicia a Pelliza, y por  
ello, como por un ejemplar causa  
gracias al noble culto de la his-  
toria, de que es una nueva y hono-  
rífica prueba en última obra,  
le ruego lo peticite al conve-  
niente en las pocas líneas que can-  
cluyo, asegurando al editor y al  
Autor, que nacen de un espiri-  
tu sano, siempre dispuesto a  
promover y gozoso de que sean hon-  
radas los talentos, que con meritos  
positivos y no usurpados, dan  
pulsos al progreso moral de la  
República.

De Ud sincero amigo y  
compatriota J. B. S. M.

Estanislao S. Zeballos